



## Resumen

En este artículo, el autor explica el racismo en general y en Francia en particular. Después de comentar los cambios del racismo de los años 70 a los 90 del siglo XX, explora las modalidades del mismo, a saber: institucional, cultural, religiosa, clásica y científica así como también el neoracismo. A partir de ello, el autor se cuestiona una serie de preguntas que servirán como hilos conductores de su exposición. Además, complementa este análisis al ubicar al nuevo el racismo como un producto de los procesos de globalización caracterizados por sus dimensiones nacionales e internacionales. Concluye que el racismo es más problemático hoy que antes, ya que crece en función de la evolución interna de las sociedades y de las fragmentaciones culturales de grupos diferentes con respecto a identidad, memoria, cultura, pertenencia étnica y religiosa, entre otros factores.

## Abstract

In this article, the author explains racism in general and specially in France. After commenting on the changes of racism during the years 70-90 of the Twentieth Century, he explores its modalities, that is: institutional, cultural, religious, classical and scientific as well as neo-racism. With these in mind, the author asks himself a series of questions that will provide conducting threads of his exposition. Also, he complements this analysis by placing the new racism as a product of the globalization process characterized by its national and international dimensions. He concludes that racism is more problematic today than ever before, since it grows in function of the internal evolution of societies and cultural fragmentations of different groups with respect to identity, memory, culture, ethnic and religious memberships, amongst other factors.

**Palabras clave:** racismo, antisemitismo, derechos civiles, movimientos negros, discriminación, identidades culturales, globalización.

\* Una primera versión de este artículo fue publicada en España, como producto de una conferencia pronunciada en Madrid el 21 de febrero de 2006. Esta nueva versión precisa ciertos puntos y deriva de una conferencia pronunciada en Sao Paulo, el 4 de septiembre de 2006, en la Pontificia Universidad Católica (PUC).

Traducción al español de José Luis Velasco Cruz.

\*\* Centre d'Analyses et d'Interventions Sociologique (CADIS), École des Hautes Études en Sciences Sociales, 54 Boulevard Raspail 75006, París, Francia.

## Introducción

Ya no estamos en los años 50 o 60, cuando podía reinar la esperanza de que el racismo declinaría al mismo tiempo que progresaban los movimientos por los derechos civiles y los procesos de descolonización. La modernidad actual tiene, como antes, su faceta sombría y el racismo no sólo no tiende a desaparecer sino que encuentra en los cambios contemporáneos los recursos para desplegarse nuevamente, a veces en formas clásicas, pero también en formas muy nuevas o renovadas. Emergen nue-

vos actores racistas sin que por eso desaparezcan completamente los antiguos; nuevos discursos y nuevas prácticas racistas avanzan junto a los más añejos. Incluso el antisemitismo, que se habría creído que no tendría más espacio para expresarse después del descubrimiento de los crímenes nazis, también toma nuevos impulsos, alimentándose en varios sentidos de las pasiones que rodean a todo lo que se relaciona con Israel y el conflicto entre Israel y Palestina (o entre Israel y los árabes).

Por lo tanto, el problema se plantea nuevamente como he tenido la oportunidad de estudiarlo muy concretamente en Europa y más particularmente en Francia.<sup>1</sup> Frente a este nuevo despliegue, tanto del racismo en general como del antisemitismo, que es una forma muy particular de aquél, las ciencias sociales buscan nuevas herramientas de análisis y esbozan nuevas categorías para pensar el mal en su continuidad histórica lo mismo que en su renovación.



## El retorno del antisemitismo

Puede parecer excesivo comenzar este inventario considerando el antisemitismo, que no es más que una dimensión particular de un problema de conjunto y que no concierne más que a ciertos países —aunque, conviene recordar, el antisemitismo no es monopolio de los países donde viven los judíos; aún más, existe desde hace mucho un “antisemitismo sin judíos”, según la frase del periodista Paul Lendvai. Si el problema es particular —a tal punto que frecuente-

mente se piensa al antisemitismo no como un racismo entre otros sino como un fenómeno que debe ser abordado en sí mismo, sobre todo tomando en cuenta su densidad histórica— no por eso deja de constituir una experiencia con valor paradigmático, en especial (como lo veremos) porque es ‘global’ y combina su anclaje en sociedades particulares con lógicas de carácter planetario.

Después de la guerra, el odio clásico hacia los judíos —nacio-

nalista y cristiano (católico, protestante u ortodoxo)— hacia el ‘pueblo elegido’, no ha desaparecido totalmente aunque el Concilio Vaticano II y posteriormente la actitud del papa Juan Pablo II hayan contribuido considerablemente a debilitarlo entre los católicos. Se encuentran evidencias del racismo en los movimientos de extrema derecha o de derecha radical, así como en el catolicismo tradicionalista o integrista, en ciertas variantes del protestantis-

<sup>1</sup> Vid. en particular mis obras *La France raciste*, Paris, Seuil, 1991; *Le racisme en Europe*, Paris, La Découverte, 1993; y *La tentation antisémite*, Paris, Robert Laffont, 2005.

mo anglosajón o en el mundo ortodoxo. Pero no es ahí donde ha reencontrado su vitalidad. De hecho, su relanzamiento sigue dos líneas principales.

La primera sigue siendo bastante clásica: procede de viejas temáticas que asocian, en términos anticapitalistas, a los judíos con el dinero, el poder y los medios de comunicación; se encuentra a la izquierda y, aun más, a la izquierda de la izquierda, en círculos para los cuales Israel, Estados Unidos, el imperialismo y el sionismo forman un todo adosado a una lógica capitalista y colonialista. Este fenómeno, cuyo origen se encuentra en varios pensadores socialistas del siglo XIX (por ejemplo Karl Marx y Pierre-Joseph Proudhon) e incluso entre los filósofos del Iluminismo (por ejemplo Voltaire), se ha renovado con la creación del Estado de Israel y con el apoyo al pueblo palestino y sus luchas en versiones particularmente radicales. Se puede incluso plantear la hipótesis de que el pensamiento de extrema izquierda ha encontrado en esta lucha una suerte de sustituto de la figura declinante del proletariado obrero como 'la sal de la tierra' y que, en ciertos lugares, avanza de la oposición a la política israelí al cuestionamiento de la existencia misma del Estado de Israel, de una crítica de todo lo que puede sostenerlo o legitimarlo a un odio hacia los judíos en general.

La segunda línea es la que aporta, en todo el mundo, el islamismo

radical y, a veces, incluso el Islam en general. En las sociedades del mundo árabe-musulmán actualmente, no hay en absoluto lugar para los judíos a quienes se identifica con la figura del mal, con Israel, con Estados Unidos y con Occidente. El odio hacia los judíos tampoco es ahí una novedad; se encuentran expresiones de él muy atrás en la historia o incluso —al menos según ciertas lecturas— en el propio Corán. Pero ese odio es activado por la existencia de Israel y el conflicto entre Israel y Palestina. Y en las sociedades donde los musulmanes no constituyen más que una minoría, su eventual odio hacia los judíos viene a significar una combinación de identificación con la causa palestina —en su versión más radical— con un resentimiento social derivado de los celos surgidos frente a una minoría a la que le va mejor que a las otras. Los judíos, en esta perspectiva, ya no son una amenaza a la nación o a la cultura dominante, como sucedía en el antisemitismo nacionalista o cristiano clásico; tampoco son reductibles al dinero, como en las clásicas versiones de izquierda y extrema izquierda; lo que tienen de particular es que simbolizan sobre todo la integración exitosa en la nación y en el centro de la sociedad. Se les reprocha entonces que hayan sabido realizar lo que es imposible o muy difícil para las otras minorías, que ya no sufren discriminaciones, que ya no sean víctimas sino al contrario. Este fenómeno es particularmente

claro si se considera la experiencia francesa, pero también es evidente en otros lados como en Estados Unidos con el antisemitismo del movimiento de negros radicales dirigido por Louis Farakhan, conocido como *the Nation of Islam*. El antisemitismo desborda con mucho el cuadro de los actores islamistas y se encuentran expresiones suyas en otras minorías que, por lo demás, también son víctimas del racismo; por ejemplo, en Francia, entre ciertos antillanos entre quienes, dicho sea de paso, las diatribas antisemitas del cómico Dieudonné M'bala M'bala logran un éxito importante.

En los dos casos, la novedad (con respecto a otros períodos históricos) no siempre es considerable, por lo menos si se considera la temática: los temas tradicionales se mezclan simplemente con otros más recientes que casi siempre tienen que ver con la *Shoah* (el Holocausto), con su negación o con la acusación de que se hace 'negocios' con ella o con Israel. Los que sí sobresalen en estos discursos son tres aspectos. Primero, el lugar que ocupan los judíos en el imaginario de quienes los odian: integrados, poderosos pero que ya no amenazan a los dominantes como en el pasado. Segundo, la definición del judío que puede ser cultural, religiosa, económica y/o política pero muy poco racial ya, mucho menos que en el pasado. Por esto, ciertos analistas han podido proponer que para el período actual se hable de 'nue-

va judeofobia' y que sólo se hable de 'antisemitismo' para el período histórico que alcanzó su apogeo en el nazismo. Y tercero, el carácter mucho más 'global' que ha adquirido el antisemitismo al cual se

aplica perfectamente la definición de la globalización que propone David Harvey como "...una doble compresión del espacio y del tiempo." Hoy, el odio a los judíos condensa elementos que provienen

de todo tipo de épocas históricas y de todo tipo de países o partes del mundo y circula, además, en una escala planetaria de forma que puede ser instantánea gracias al Internet o a la televisión.



## Primeros cambios en el racismo: los años 70 a 90 del siglo XX

A finales de los años 60, en medio del declive del movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos y la radicalización hacia la violencia del movimiento negro, la constatación de la persistencia del racismo comenzó por una pregunta: ¿cómo es posible que el racismo sobreviva frente a los movimientos negros, cuando nadie se declara abiertamente racista? Stokely Carmichael y Charles Hamilton,<sup>2</sup> militantes del *Black Power*, estuvieron entre los primeros que propusieron una explicación: el racismo es institucional, es decir, constituye una propiedad estructural del sistema, incluso si los actores no se dicen racistas (y se sorprenderían mucho si se les acusara de serlo). En esta perspectiva, en última instancia, nadie es racista; sin embargo, los negros son siempre víctimas de toda suerte de discriminaciones. El racismo institucional se vuelve a encontrar, por ejemplo, en las situaciones donde la exclusión de

grupos enteros es provocada por lógicas en las que nadie se dice racista. Así lo estableció en Francia, hace algunos años, Philippe Bataille a propósito de una empresa de seiscientos trabajadores que no contrataba ningún inmigrante y que operaba en una ciudad víctima del desastre económico. La razón era simplemente que cada vez que un empleo quedaba vacante, había siempre un obrero de la empresa que recomendaba a un conocido, un amigo o un pariente que no era inmigrante.<sup>3</sup>

A principios de los años ochenta, se empezó a constatar una segunda presunción, primero en Estados Unidos, poco después en Gran Bretaña y después en Francia y Bélgica: el racismo se transforma al imputarse a las víctimas ya no rasgos físicos sino culturales. Así es cómo los psicólogos y politólogos de Norteamérica desarrollaron la noción del 'racismo simbólico'. Bajo esta perspectiva, los negros ya no eran acusados de ser inferiores in-

telectualmente debido a su diferencia física, sino de ser incapaces de adaptarse a los valores de la sociedad norteamericana debido a su diferencia cultural, misma que era irreductible. En el clima liberal de la era del presidente Ronald Reagan, los negros fueron descritos como reacios al 'credo' estadounidense, como personas que preferían recurrir a la ayuda social antes que trabajar para elevarse socialmente; tampoco se les reconocía tener el sentido de la familia. Este tipo de discriminación fue analizada en Gran Bretaña por un politólogo, Martin Barker, que, casi en los mismos años, habló de un 'nuevo racismo' para explicar la forma en que los inmigrantes recientes eran rechazados por sus atributos culturales que les impedían adaptarse a los valores de la nación inglesa. Poco después, en Francia, Etienne Balibar e Immanuel Wallerstein describieron un fenómeno del mismo tipo al tiempo que Pierre-André

<sup>2</sup> En su libro *Black Power: the Politics of Liberation in America*, New York, Random House, 1987.

<sup>3</sup> Philippe Bataille, *Le racisme au travail*, Paris, La Découverte, 1999.

Taguieff hablaba del racismo 'diferencialista' para analizar posturas semejantes. Desde entonces, el vocabulario se ha enriquecido; se habla así de 'racismo cultural' o de 'neo-racismo' y se han desarrollado nuevos debates: ¿hasta qué punto hay ruptura con el racismo clásico, científico, que se interesa por los atributos físicos o biológicos de las 'razas' humanas? ¿Hemos entrado a una época en la que el racismo buscaría ya no tanto declarar inferiores a sus víctimas, especialmente en el trabajo



En el periodo señalado, cuando Europa redescubrió el racismo, éste fue percibido sobre todo como un fenómeno ideológico-político y eventualmente capitalizado por las fuerzas de extrema derecha que entonces renacían tal como el Frente Nacional en Francia. Por ello, aunque las otras formas del fenómeno —la violencia, los prejuicios, las discriminaciones— no fueron ignoradas, el combate principal contra el racismo se sostuvo en la arena política y de forma bastante general. Sin embargo, progresivamente, se fue imponiendo una idea: si se quería hacer retroceder el racismo, no bastaría una acción frontal en el

(sobreexplotándolos), sino más bien rechazarlos o incluso destruirlos? ¿O debería admitirse que el racismo siempre conjuga dimensiones de diferenciación (y, por lo tanto, rechazo o destrucción) y dimensiones de menosprecio o 'inferioridad'?<sup>4</sup>

En todo caso, los años 80 y 90 fueron el período en el que se tomó nota en numerosas sociedades de la resurgencia del racismo, así como en el que se prestó atención a sus aspectos culturales. Aun así, el debate ha quedado abierto:

## Las discriminaciones

plano ideológico y político contra las fuerzas que lo encarnaban, era necesario confrontar todas sus manifestaciones. Fue así como se desarrolló el tema de las discriminaciones (que, por lo demás, no se limita al racismo sino que se relaciona con otros tópicos como, por ejemplo, el sexismo) y creció el interés por las luchas concretas contra ellas en todos los dominios: el empleo, el trabajo, el acceso a la escuela, a la salud, a la vivienda, al esparcimiento, etcétera. Investigaciones más y más numerosas se ocuparon de este fenómeno destacándolo y precisándolo al mismo tiempo que se desarrollaba el debate para saber

si para el racismo actual los atributos culturales de las víctimas parecen irreductibles o inadaptables a la cultura de la sociedad en la que se encuentran, ¿no será porque se relacionan en realidad con una naturaleza, es decir, con atributos físicos? Si el racismo funciona así es porque nuestras sociedades se 'etnifican', porque las identidades culturales demandan el reconocimiento social y, a veces, compiten entre sí en formas radicales que son propicias para el desarrollo del racismo.

qué estrategias debían oponerse. ¿Se debe, por ejemplo, recurrir a lógicas de 'discriminación positiva'? La novedad aquí no radica tanto en las discriminaciones como en el lugar central que comienzan a ocupar, visiblemente, en la vida pública.

El tema de la discriminación debe ser visto como la expresión de una sensibilidad acrecentada en nuestras sociedades en general y en las ciencias sociales en particular hacia la subjetividad de los individuos. Por supuesto, ésta no es totalmente nueva, fue analizada en Gran Bretaña y Estados Unidos desde finales de la década de 1980 por varios trabajos que exa-

<sup>4</sup> Sobre todas estas cuestiones, me permito remitir a mi libro *Le racisme. Une introduction*, Paris, La Découverte, 1998.

minaron cómo la experiencia del racismo afecta a los individuos de forma duradera y traumática, dejando 'heridas ocultas' (*hidden injuries*) y provocando que algunas conductas posteriores estén dominadas por la angustia. Esta idea se encuentra, por ejemplo, en Joe Feagin y Melvin Sikes.<sup>5</sup> El racismo cotidiano (*everyday racism*) y las discriminaciones de rutina (cada



una de ellas aparentemente menor), afectan la integridad intelectual y moral de las personas al punto de influir sobre su personalidad. El interés creciente de las ciencias sociales por todo lo que se refiere al sujeto, la adopción —cuando se analiza la violencia— del punto de vista de las víctimas y no sólo del Estado y el interés general en el sujeto opri-

mido, negado, impotente, incapaz de construirse, reaparecen en el dominio más particular del racismo y de su estudio. Esto quiere decir que uno ya no se contenta con estudiar prioritariamente la producción del racismo o sus fuentes, también se presta atención a sus efectos lo cual debe facilitar, en contrapartida, la reflexión sobre su producción.

## El racismo 'global'

Los enfoques de la década de 1980 y 1990 analizaban el racismo en el marco de las sociedades nacionales o los Estados-nación. Así, el 'racismo simbólico' era norteamericano, el neo-racismo (*new racism*), inglés y el 'racismo diferencialista', francés. Pero se trate del fenómeno singular que constituye el antisemitismo o de otras formas de racismo, hay un punto que en la actualidad debe ser sistemáticamente considerado: ya no se puede analizar el racismo confinando la reflexión al marco de los Estados-nación. El fenómeno, en efecto, tiende a ser cada vez más 'global', es decir, a conjugar (en formas que varían de una experiencia concreta a otra) dimensiones planetarias —en todo caso supranacionales o transnacionales—

con aquellas que se relacionan con especificidades o anclajes locales o nacionales.

El antisemitismo siempre ha sido un fenómeno inscrito en una escala planetaria. Desde la antigüedad, según los trabajos de Francis August Schaeffer, el antijudaísmo (utilizo esta palabra para evitar el anacronismo puesto que el término antisemitismo no fue utilizado sino a partir de la década de 1880) operaba en tres sitios distintos: Egipto, Siria y Roma. El fenómeno fue 'globalizado' por el cristianismo que muy pronto le dio dimensiones mundiales. Pero no por eso la globalización actual aporta algo menos distintivo. Ahora no se puede analizar seriamente el antisemitismo sin pensar siempre en la articulación de lo que sucede en el marco

de los Estados-nación (comenzando por Israel, Estados Unidos y Francia) y lo que los rebasa o desborda o sin conjugar la atención a los elementos locales y a los elementos transnacionales, comenzando por aquellos que conciernen a los contextos del Oriente Próximo o Medio. Para tomar un ejemplo más preciso, puedo evocar la experiencia francesa contemporánea: el antisemitismo conjuga dimensiones ligadas a la crisis social, política, cultural e institucional del país y a otras más vinculadas a los acontecimientos del Cercano Oriente, sin hablar de la incidencia que tiene en Francia lo que ocurre en Estados Unidos.

Algo parecido se observa si se consideran otros racismos. La experiencia francesa reciente po-

<sup>5</sup> Joe Feagin y Melvin Sikes, *Living with Racism*, Boston, Beacon, 1994.

dría ilustrar esta afirmación. Francia tiene actualmente una población proveniente de la inmigración desde el mundo árabe-musulmán que se estima, de forma discutible, en alrededor de cinco millones de personas, aproximadamente 7 u 8 % de la población total. El racismo que sufre esta población es un fenómeno manifiesto; se expresa tanto en opiniones y estereotipos como en todo tipo de discriminaciones (particularmente, en el empleo, el acceso a la vivienda y el acceso a ciertas diversiones). Varios trabajos de sociología muestran también que esa población es víctima de una segregación que opera en la escuela pública, de un 'apartheid escolar' que produce y refuerza las desigualdades que sufren los niños surgidos de la inmigración. En vez de disolverlas, como lo quería el ideal republicano, o al menos limitar simplemente su reproducción, como lo sugeriría la sociología de los años sesenta y setenta, la discriminación las ha acrecentado.

Este racismo no evoluciona solamente como resultado de las tensiones y crisis propias de la sociedad francesa; debe mucho a lógicas exteriores y a las relaciones de fuerza que actúan en una escala distinta a la del Estado-nación. Así, muchos asuntos o episodios han mostrado que la mirada exterior puede influir en la evolución de este racismo. En 1990, por ejemplo, cuando Francia se preparaba para participar en la primera Guerra del Golfo (y después, cuando efectivamente

participaba en ella), los poderes públicos tomaron diferentes medidas para evitar los problemas que esa participación podría provocar entre la población proveniente de la inmigración árabe-musulmán. Estas medidas no fueron racistas en sí mismas, pero ejercieron un racismo de hecho que tuvo varias modalidades: estigmatización de esta población (de la que se sospechaba o a la que se acusaba de no ser plenamente integrada o integrable); funcionamiento racista de la policía, que interpellaba a los jóvenes 'por su apariencia facial'; y prohibición de ciertos desplazamientos (por ejemplo, los colegios de los suburbios parisinos que reciben numerosos hijos de inmigrantes, no podían durante esta época organizar visitas a exposiciones o a representaciones teatrales en París). De esta manera, la política internacional del país reforzó el racismo interno.

La forma en que los medios franceses han tratado este conflicto es percibida como particularmente odiosa por los países árabe-musulmanes que así lo hacen saber. El racismo francés devino un objeto de debates internacionales, de presión; al mismo tiempo, su evolución ha sido determinada desde arriba, por las decisiones de política internacional. Otro ejemplo: cuando en marzo de 2004 Francia aprobó una ley que prohibía los signos religiosos 'ostensibles' en la escuela pública (en la práctica para impedir que se usara allí el velo islámico), algunas voces se

elevaron para denunciar un hecho político vagamente racista (puesto que en realidad no se dirigía más que a las jóvenes musulmanes); se habló entonces de 'islamofobia'. Las críticas más fuertes vinieron, sin embargo, del extranjero, tanto de sociedades musulmanas como del mundo anglosajón, cuestionando los aspectos racistas de esta ley. Tales críticas han nutrido el debate francés al reforzar el 'republicanismo' de algunos, en cuyo nombre se había votado la ley, y a estimular la condena de otros, al justificar que sea evocada la sospecha de racismo.

Todo lo que concierne al Islam puede contribuir a 'globalizar' el racismo, de hacer de él un problema que ya no puede ser pensado en el cuadro estricto, único, del Estado-nación. Lo que es cierto para Francia lo es también para otros países. Por ejemplo, los atentados terroristas de Madrid (marzo de 2004) o de Londres (julio de 2005) han tenido por efecto (pero tal vez también por causa) traer al frente de la escena el racismo propio de la sociedad española o inglesa respectivamente. En esos dos países, los musulmanes se sienten amenazados por las reacciones de las poblaciones nacionales que están más o menos dispuestas a acusarlos en su conjunto, o incluso a los inmigrantes en general, de ser la causa del terrorismo. Las impresionantes reacciones en todo el mundo musulmán a la publicación de caricaturas sobre el profeta Mahoma, primero en un diario

danés y después en varios otros periódicos europeos, han destacado lo que había de condenable en estas caricaturas, un desprecio con connotaciones racistas. Las protestas adquirieron un cariz violento en ciertos países y más moderado en otros, especialmente en Europa; en contrapartida, endurecieron a ciertos grupos, entre ellos los de extrema derecha, que han encontrado ahí alimento para su odio racista a los árabes y el Islam. De esta forma, se ha evocado en Francia la hipótesis de que el Frente Nacional, un partido racista, diera un salto hacia arriba en la opinión pública.

El racismo dirigido a los negros tampoco puede comprenderse si su análisis se ubica solamente en el marco de los Estados-nación. Actualmente, la comprensión de este fenómeno obliga a considerar, por una parte, la historia que ha conducido a la segregación, a los estereotipos y a las discriminaciones actuales; por otra, la circulación planetaria y las migraciones actuales de grupos numerosos de negros. Más adelante volveré sobre el primer punto, las dimensiones históricas. Antes, me gustaría indicar cómo actualmente también se globalizan las manifestaciones del racismo contra los negros. En ciertos casos, los negros forman parte de una diáspora —por ejemplo, el *Black Atlantic*, del que habla Paul Gilroy— y circulan entre varios países (aunque, a veces, no es fácil operar tal circulación ni salirse de un país africano); de ahí que el

racismo de los países receptores se apoye en muchas ocasiones en políticas de inmigración que en ciertos casos pueden revestir una gran violencia. Todo el mundo recuerda la forma en que Marruecos ha tratado a los migrantes que intentan dirigirse hacia el norte desde el África subsahariana abandonándolos en el desierto. El rechazo, más o menos racista (pero un racismo no dicho), de los países del norte puede, en casos como éste, apoyarse en las medidas aplicadas lejos de ellos, en los países del sur. En las sociedades receptoras, ocurre que grupos que también sufren el racismo contra los negros rechazan a los recién llegados, precisamente a causa de sus sociedades de origen. En Estados Unidos, los descendientes de los esclavos no siempre son amables con los nuevos migrantes provenientes del África subsahariana; en Francia, los negros antillanos pueden mostrar una inmensa hostilidad a los migrantes del sur del Sahara. Digamos, en una palabra, que a medida que las poblaciones hacia las que se dirige el racismo se caracterizan no solamente por su pertenencia a una 'raza' sino también por su participación en la migración y en los fenómenos migratorios contemporáneos, más se debe comprender al racismo 'globalmente', puesto que mezcla aspectos internos de las sociedades receptoras y aspectos más amplios. En particular, los debates sobre la inmigración se cargan de consideraciones que no siempre se dicen racistas o raciales pe-

ro que en gran medida lo son bajo formas veladas, 'sutiles', por ejemplo, reemplazando el término 'razas' por el de etnia que es mucho más correcto políticamente. Todo esto no es necesariamente nuevo, pero conlleva elementos novedosos que se deben a que, actualmente, ya no es posible distinguir claramente los juegos internos y los externos, el interior y el exterior, pues todo se entremezcla rápidamente.

El marco espacial del análisis se transforma entonces con la globalización. En lugar de decir que el racismo tiene dimensiones nacionales, complementadas eventualmente por dimensiones internacionales, se necesita entenderlo de ahora en adelante como el resultado de juegos complejos donde permanentemente se conjugan y desplazan interacciones internas y externas, lógicas interiores y supranacionales (exteriores). Por lo tanto, el paisaje del racismo parece hoy mucho más problemático que en el pasado. Por una parte, en las sociedades occidentales, el fenómeno se desarrolla en función de la evolución interna de ellas y, especialmente, de su fragmentación cultural y social que causa que grupos numerosos —cada uno de ellos caracterizado por una identidad, una memoria, una cultura, una pertenencia étnica, religiosa, etcétera— puedan ser, simultáneamente, víctimas y culpables del racismo. En otras palabras, el racismo también se fragmenta y se multiplica, entre otras cosas, pa-

## Racismo e historia

ra dirigirse a individuos que son 'racializados' aunque no tengan ninguna pertenencia común. Por otra parte, el racismo es 'global' parcialmente gobernado por lógicas supranacionales. Es esta doble tendencia a la fragmentación de las sociedades nacionales y a su penetración por fuerzas de la globalización lo que hace que actualmente el racismo sea tan delicado de analizar.



En las sociedades contemporáneas, la historia se vuelve un objeto de competencia; aparece como un recurso movilizado por todo tipo de grupos que reclaman ser reconocidos por los dramas de los que sus ancestros son o habrían sido víctimas. La historia está en las sociedades, mientras que en el pasado sucedía lo inverso. De pronto, el racismo también se llena de temas históricos; se apoya en sus propias concepciones del pasado, concepciones a las que eventualmente se oponen otros grupos. Hay ahí una novedad, puesto que en el pasado las formas de racismo reposaban sobre la biología o los aspectos físicos y no hacían intervenir a la historia. Pero ahora las memorias chocan unas con otras, compiten; el racismo (y la lucha contra el racismo) hace de la historia un objetivo esencial. La experiencia francesa puede ayudarnos, aquí también, a ilustrar esta constatación. En Francia, el antisemitismo, tal como se ha podido prolongar después de la Segunda Guerra Mundial, ha tomado la forma de una negación del papel de las autoridades francesas de Vichy o de una minimización de su colaboración en la destrucción de los judíos. No había espacio político para hablar de estas cuestiones, hasta que algunos historiadores extranjeros (como el canadiense Michael Ro-

bert Marrus y el norteamericano Robert Paxton) publicaron trabajos decisivos sobre Vichy<sup>6</sup> y desde que el propio mundo judío se transformó y reclamó que se reconociera lo que hasta entonces se callaba. Mucho más recientemente, la colonización, la trata de negros y el esclavismo entraron en el debate público, cuestionando el relato nacional que los borraba e incluso hacía alarde de algunos de sus aspectos. Todavía en febrero de 2005 fue posible votar una ley con un artículo en el que se pedía que en las clases de historia se enseñara el papel positivo de la colonización. Las movilizaciones, especialmente de los antillanos aunque no sólo de ellos, rechazaron el silencio o la minimización de los dramas provocados por la colonización y la esclavitud no sólo en nombre de la verdad histórica, sino también porque se vio ahí una de las fuentes del racismo actual, una negación que va de la mano de discriminaciones concretas. Decir que el pasado colonial ha aportado mucho a los pueblos colonizados es permitirse despreciar a aquellos para quienes el relato nacional está hecho de olvido; es, en cierta forma, perpetuar la discriminación, la segregación y las violencias impuestas.

El racismo contiene ahora no sólo elementos culturales —como

<sup>6</sup> Michael R. Marrus y Robert Paxton, *Vichy France and the Jews*, New York, Basic Books, 1981. N.E.

se ha visto con los análisis propuestos desde la década de 1980 sobre el *new racism* o el *symbolic racism*—, sino también una fuerte carga histórica en la que se conjugan olvidos, por un lado, y proposiciones que desnaturalizan el pasado, por el otro. Y este lugar que ocupa la historia en el racismo (y, como se verá inmediatamente, también en el antirracismo) es en gran medida el de una disciplina que tiende, ella también (por lo menos en algunas de sus corrientes) a volverse global. Hablar de la trata de negros, por ejemplo, como lo hace el historiador Olivier Pétré-Grenouilleau<sup>7</sup>, es introducir la imagen de un fenómeno ‘global’ que concierne a numerosas sociedades en el punto de salida, en el destino y entre los dos.

En este paisaje nuevo, la acción antirracista —más allá de sus dimensiones clásicas, jurídicas y, en especial, represivas— también está llamada a evolucionar para

ser eficaz. Retomemos, en sentido inverso, los puntos principales de este texto. Cada vez más la acción antirracista debe luchar para imponer cambios en materia histórica, hacer entrar el devenir de las víctimas y el de los vencidos en el relato histórico, lo cual puede plantear problemas adicionales y suscitar debates importantes, en especial sobre la relación entre historia y memorias. Ella también debe y puede ‘globalizarse’, es decir, ser pensada y organizada en una escala planetaria al mismo tiempo que debe estar anclada en los combates locales o nacionales, tal como lo hacen las mejores variantes del altermundismo; asimismo, debe tener en cuenta la fragmentación cultural y social. Necesita enfrentar no sólo las dimensiones ideológico-políticas del fenómeno, sino también sus formas concretas diversificadas y múltiples, por ejemplo, en la lucha contra las discriminacio-

nes. Debe oponer, a quienes ven en las ‘razas peligrosas’ una amenaza para la cultura o los valores dominantes, toda una visión alternativa en la que los grupos dominados aparezcan, simultáneamente, como portadores de una cultura, dotados de una identidad y deseosos de compartir los valores universales, guiándose por el derecho y la razón. Debe, por último, enfrentar directamente la cuestión del racismo institucional, lo cual requiere acciones concretas para modificar el funcionamiento de las organizaciones que, sin darse cuenta, reproducen en su interior la discriminación; requiere, en especial, esfuerzos conscientes y sostenidos, por ejemplo, acciones que sigan el modelo de la ‘discriminación positiva’<sup>8</sup>, una noción que también suscita debates.

Recibido el 6 de noviembre del 2006  
Aceptado el 13 de diciembre del 2006



<sup>7</sup> Vid. *La traite des Noirs*, Paris, P.U.F, 1997 (Que sais-je?); *Les traites négrières*, Paris, La Documentation Française, 2003; *Les traites négrières. Essai d'histoire globale*, Paris, Gallimard, 2004 (Bibliothèque des Histoires); y *From Slave Trade to Empire. Europe and the Colonisation of Black Africa (1780s-1880s)*, London, Routledge, 2004. N.E.

<sup>8</sup> Se entiende por discriminación positiva —también conocida como acción afirmativa (*affirmative action*)— toda acción que busca establecer políticas preferenciales para aquellos grupos sociales que, históricamente, han sido marginados, despreciados o discriminados ya sea por sus orígenes étnicos, de género o de minoría. Dichas políticas pretenden facilitarles el acceso a recursos y servicios así como a determinados bienes con el fin de mejorar su calidad de vida y compensarlos por los perjuicios de los que fueron víctima en el pasado. Vid. la entrada de ‘Affirmative Action’, del *Stanford Encyclopedia of Philosophy* en <http://plato.stanford.edu/entries/affirmative-action> N.E.

## Referencias bibliográficas

Bataille, Philippe, *Le racisme au travail*, Paris, La Découverte, 1999.

Carmichael, Stokely y Charles Hamilton, *Black Power: the Politics of Liberation in America*, New York, Random House, 1987.

Feagin, Joe y Melvin Sikes, *Living with Racism*, Boston, Beacon, 1994.

Marrus, Michael R. y Robert Paxton, *Vichy France and the Jews*, New York, Basic Books, 1981.

Pétre-Grenouilleau, Olivier, *From Slave Trade to Empire. Europe and the Colonisation of Black Africa (1780s-1880s)*, London, Routledge, 2004.

—————, *La traite des Noirs*, Paris, P.U.F, 1997 (Que sais-je?).

—————, *Les traites négrières*, Paris, La Documentation Française, 2003.

—————, *Les traites négrières. Essai d'histoire globale*, Paris, Gallimard, 2004 (Bibliothèque des Histoires).

Wieviorka, Michel, *La France raciste*, Paris, Seuil, 1991.

—————, *Le racisme en Europe*, Paris, La Découverte, 1993.

—————, *Le racisme. Une introduction*, Paris, La Découverte, 1998.

—————, *La tentation antisémite*, Paris, Robert Laffont, 2005.

